

Cuento de Tai

Carolina Fernández Pérez

A mi gata Tai

Nací el uno de agosto de 2009, mi madre era una preciosa gata siamesa, lo mismo que antes lo había sido su madre y la madre de su madre; estaba siempre rodeada de doncellas que se dedicaban exclusivamente a cepillarla una y otra vez, incansablemente; se paseaba por el gran jardín del palacio jugueteando con las briznas de hierba que crecían alrededor de los numerosos árboles. Era la preferida de la hija pequeña de la casa, así que todos sus caprichos eran obedecidos al instante; en su cuenco de oro olisqueaba los más ricos manjares, que muchas veces desechaba por el simple placer de ver cómo sus sirvientes corrían presurosos para retirarlos y ofrecerle otros mucho más suculentos.

Su vida transcurría apaciblemente, sin salir de los muros que rodeaban sus dominios, por lo que gustaba de escuchar las interminables historias que su adorada amita le contaba sobre el gran mundo que había al otro lado. Le hablaba de otros palacios, del colegio, de sus amigas, a las que conocía porque a veces iban a merendar a su casa, aunque mi madre prefería mantenerse al margen de forma que, cuando alguna se acercaba para jugar con ella, erizaba su cuerpo y asomaba sus uñas, lo que hacía correr a la pobre infeliz que había pretendido interrumpirla en su descanso; después, con aire molesto, lamía una y otra vez sus patas, su lomo y continuaba durmiendo, mientras los apacibles rayos de sol la acariciaban suavemente.

Tenía una vida feliz, sus caprichos estaban cubiertos sobradamente y no necesitaba nada más, sin embargo, un día vio cómo por uno de los muros del jardín bajaba un gato callejero, se escondió asustada cerca de la fuente. Desde su escondite observó cómo ese gato se acercaba a ella, por un momento temió que la hubiera visto, pero, cuando llegó al gran pilón, dio unos lametones en el agua para saciar su sed, sin percatarse de su presencia, miró a su alrededor con curiosidad (“humm, así es como viven los ricos”, pensó) y se marchó corriendo, escalando en dos brincos el muro, al escuchar unas voces que se acercaban al jardín.

Cuando estaba en lo alto del muro no pudo por menos que echar una última ojeada a lo que acababa de dejar, en ese momento, mi madre salió de su escondite, mirando con sus profundos ojos azules al visitante.

“Uauuu”, pensó, “tengo que volver otro día” y saltó al tejado vecino.

Mi madre sintió un pinchazo en su corazón al ver aquel gato gris claro que la había mirado tan descaradamente antes de marcharse. Él sí que conocía el mundo de primera mano, sin necesitar que sus amos le contaran nada, como a ella. Por unos instantes, se sintió oprimida en el jardín y tuvo deseos de salir trepando por sus muros, aunque esta idea desapareció al ver a su amita con el cuenco lleno de una suculenta comida; ronroneando de placer, mi madre se paseó entre sus piernas, frotando su cuerpo contra ellas, en cuanto puso el cuenco en el suelo, se acercó a él devorando la comida con fruición.

Ese día no había sido muy prolífico ya que se le habían escapado más ratones de la cuenta, pero es que, desde que por la tarde se había colado en aquel jardín señorial y había visto a esa preciosidad de gatita, su mente estaba en otra parte. Siempre había

menospreciado la vida de los gatos ricos: gordos y perezosos, se limitaban a acicalarse durante todo el día, esperando que les llevaran unos granos para comer, mientras que él se jactaba de su buena suerte por tener la libertad de ir de tejado en tejado. No había nada mejor que un sabroso ratón, sobre todo, después de haber jugado con él durante un rato: correr un poco detrás de él, sujetarlo de la cola y ¡adentro! Se relamía de gusto sólo de pensarlo. Pero ese día había sido distinto; gatas no le faltaban, tenía todas las que quisiera encontrar en cualquier oscuro callejón. Era un gato muy apuesto, de un extraño color gris perla y unos profundos ojos verdes, su gran amigo Pit, siempre metido entre libros, le había dicho que tenía procedencia real, por esos rasgos tan extraordinarios, pero eso a él no le importaba, probablemente su padre habría sido algún tarambana, como él, que había embaucado a alguna gata de la alta sociedad. Clark no recordaba gran cosa de su niñez, sólo bidones sucios y callejones oscuros, entre los que se defendía con mucha facilidad. No le faltaban ganas de volver a visitar nuevamente ese jardín, pero ya estaba oscureciendo y sabía que no la encontraría, los gatos ricos no sabían disfrutar de la naturaleza y preferían estar cobijados, descansando sobre gruesas alfombras, antes que dormir bajo la luz de las estrellas, arrullados por la cantarina voz de la fuente.

En cuanto que la luz del día fue apareciendo, se dirigió a aquel jardín de sus sueños, no quiso decirle nada a sus amigos por temor a que se rieran de él, era un gato duro, que se había forjado una fama a través de los años, y no estaba dispuesto a tirarlo todo por la borda, pero necesitaba verla de nuevo. Una mirada bastaría para continuar viviendo el resto del día.

Entre los tejados, recorrió sigiloso la ciudad; apenas se veía entre las cortinas de las ventanas a unos pocos humanos a la luz de las bombillas, desentumeciéndose entre sus sábanas; los más madrugadores ya estaban abriendo sus tiendas para iniciar una nueva jornada.

No sintió los pinchazos en su estómago, sólo quería volver a verla. Cuando llegó a las paredes que rodeaban el jardín, esperó, era demasiado pronto para que ella estuviera despierta, así que se tumbó sobre el muro, buscando algo que comer. Como felino que era, se lanzó rápidamente sobre unos ratoncillos que corrían entre la espesura, no jugó con ellos, como otras veces, se limitó a engullirlos y volvió a subir sigilosamente al muro, acostándose de nuevo mientras se acicalaba un poco; esperaba que el bullicio de la casa le despertara, por lo que cerró sus ojos para dormirse un rato, esa noche no había podido conciliar el sueño y se encontraba cansado.

La jornada empezaba como siempre, su amita se hacía la remolona cuando su madre iba a despertarla y ella, mientras tanto, en un rincón de la cama, paseaba su áspera lengüecita una y otra vez sobre sus patitas, después, con sus patitas delanteras se aseaba la cara, los ojos, luego, se levantaba desperezándose, estiraba sus patas delanteras arqueando su cuerpo hacia atrás y, unos segundos después, sus patas traseras adelantando su cuerpo; se acercaba mimosa a su amita, quien la acariciaba la cabeza intentando levantarse a duras penas de la cama; ya estaba lista para salir al jardín a disfrutar del sol matutino; mientras le preparaban su cuenco con comida, se acercaría a la fuente a beber un poco de agua, como hacía siempre que no la veían. Tenía un recipiente con agua en el suelo, pero a ella le gustaba más la aventura de subirse al gran pilón y agachar su cuerpo para poder beber, procurando no mojarse con las salpicaduras del agua que caía del pequeño grifo; cuando esto ocurría, huía aterrorizada a algún rincón y no cesaba de pasar una y otra vez la lengüecita sobre su cuerpo para limpiarse de ese horroroso líquido que la había mojado.

Como otras veces, miró a un lado y a otro, no había nadie en el jardín, así que, agazapándose entre las rosas, se subió al pilón, era una fuente redonda, en cuyo centro, rodeada de agua, se levantaba una columna con la forma de un niño, de su boca brotaba el agua alegremente; se situó con cuidado para que no le salpicara. Bajó la cabeza lo máximo que pudo, pero se dio cuenta de que esta vez como había menos agua que en otras ocasiones, era necesario agacharse algo más, por lo que, sin pensarlo, inclinó su cuerpo hacia delante; en cuestión de segundos se resbaló y se cayó al pilón. Asustada, empezó a chapotear con sus patas y a gemir, no hacía frío, pero esa agua no le gustaba nada; de repente, de entre las sombras apareció un gato que no le resultaba desconocido, presuroso, se lanzó a la fuente y, con el hocico, la fue empujando hacia el borde, en un último esfuerzo, la subió para que saliera del agua, dejándola sobre el pilón. Después, él se apoyó con sus patas delanteras en el pilón y sacó el resto del cuerpo, cayendo extenuado al suelo. Chai-li seguía asustada, pero dio un salto para socorrer a su salvador que parecía haber perdido el sentido.

Mientras tanto, la casa permanecía ajena a todo este espectáculo ya que nadie había salido al jardín.

Con cuidado, Chai-li pasó su lengua por el hocico de Clark, que continuaba con los ojos cerrados; no sabía cómo lograr que recuperara el sentido, sin hacer mucho ruido por temor a que sus amos descubrieran a aquel intruso y lo echaran a la calle; gimió, esperando que eso lo despertara, sin embargo, Clark permanecía sin dar señales de vida, aunque su corazón latía. Chai-li no se percató de que, cada vez que ella pasaba su lengüecita sobre el hocico de Clark, el corazón de éste latía más velozmente, ya que estaba perfectamente despierto, pero se sentía en el cielo al tener a su amada tan cerca de él. Viendo que no podía continuar con esa farsa por más tiempo, abrió sus penetrantes ojos verdes, Chai-li retrocedió asustada.

-“¿Qué ha pasado?”, disimuló Clark.

-“Me salvaste, pero has estado a punto de morir ahogado” contestó con su preciosa voz Chai-li.

Clark se levantó del suelo, poniéndose sobre sus cuatro patas, Chai-li sintió su fuerza, lo que la abrumó aún más.

-“No es nada, nunca viene mal un baño matutino” quitó importancia Clark, a sabiendas del pavor que los gatos sienten por el baño.

-“De todas formas, muchas gracias” insistió Chai-li, “estaba aterrada, es la primera vez que me ocurre, por suerte, pasabas por mi jardín”.

-“Sí, ha sido una casualidad” (“si tú supieras”, pensó).

En ese momento, volvieron sus cabezas a la puerta de la casa al oír un ruido. Clark alcanzó en dos zancadas el muro, escabulléndose entre los tejados. “Qué tonto soy, ni siquiera me he despedido de ella”, pensó.

-“¡Ah, estás aquí!, me había asustado porque todavía no habías ido a tomar tu comida, pensé que te había ocurrido algo. ¡Estás mojada! ¿Es que te has caído a la fuente? Si es que te tengo dicho que no te subas, que un día te vas a caer. Ven preciosa”. Tomándola entre sus brazos, Amina se llevó a Chai-li dentro de la casa para secarla bien.

-“Qué tonta soy, ni siquiera me he despedido de él” pensó.

-“¿Que te gustaría vivir en un jardín?, estás tonto tú, ¿verdad? ¿Cómo se te ocurren esas cosas?”

Pit estaba alucinado, quería a Clark como a un hijo desde que llegó a su callejón. Siempre había vivido solo, rodeado de libros, y pensó que sería buena idea tener compañía. Todavía recordaba cómo Clark se había enfrentado a Al, un matón que

acababa de llegar al barrio y quería apoderarse de su callejón; por suerte, Clark no sólo era joven y fuerte, sino también inteligente, por lo que pudo echarlo sin dificultad.

Mientras jugueteaba con un ratón, que iba a ser su desayuno, escuchaba a Clark con atención.

-“Estaba pensando que quizá no sea tan malo como parece” contestó Clark, un tanto exaltado.

-“Pero, ¿y la libertad? Tener todos los ratones que quieras, no tener horarios, andar por los tejados de toda la ciudad..., siempre has dicho que lo mejor que podía haber era ser un gato callejero”.

-“Sí, es cierto, no me hagas caso”.

-“Esta mañana te has levantado muy temprano, apenas había amanecido”.

-“Quería ver las luces de la ciudad antes de que saliera el sol”.

-“¡Oye! ¿No te habrás enamorado?”

-“Pero ¿qué tonterías dices!”

-“La gatita color de miel no te quita los ojos de encima”.

Clark se dio la vuelta para que su amigo no notara que se estaba ruborizando, ¡era lo único que le faltaba!, ¡sería el hazmerreír del barrio si su amigo se enteraba! Quería mucho a Pit, era el típico gato de color gris atigrado, curtido por los años, cariñoso y amable con él, aunque rudo con los demás, pero no por ello dejaba de ser un chismoso, así que estaba seguro de que si tuviera la más leve sospecha, se lo diría a todos sus amigos. Tenían todas las gatas que querían, por lo que no le daría buena fama que supieran que estaba enamorado. Siempre había sido un donjuán, acostumbrado a cortejar a varias gatas a la vez, pero notaba que esto era diferente.

La vida en su jardín ya no era tan placentera como antes, apenas conocía gatos, ya que, cuando alguno osaba atravesar sus muros, siempre había algún sirviente que lo echaba a patadas, quitándole las ganas de volver a aparecer por allí. Hasta ese momento, no había tenido el impulso de estar con ninguno, pero ahora sentía que necesitaba un cambio en su vida, quería ver de nuevo a su salvador, como ella lo llamaba, ya que desconocía su nombre, y tenía miedo de que él no quisiera volver por allí, después del chapuzón que se había dado.

¡Qué poco sabía de los gatos! ¡Ni siquiera se imaginaba que pudiera resultarle atractiva!

Cuando su ama la dejó sola en el jardín, empezó a soñar, quería saltar el muro; aunque nunca lo había intentado, porque siempre le había parecido inalcanzable y más peligroso aún estar al otro lado, se había decidido a probar suerte, claro que, una vez tras el muro, ¿dónde iría?, ¿cómo encontraría a su salvador?, ¡qué dilema!

Pensó que lo primero era saltar el muro y, después, ya vería lo que hacía.

Se alejó de la pared por la que había escapado su salvador y, corriendo hacia ella, intentó escalarla. Una y otra vez saltó, y una y otra vez cayó al suelo porque sus uñas no estaban acostumbradas a sujetarse al cemento y se le desgarraban. Cuando llegó la hora de comer estaba molida de cansancio, no acostumbraba a hacer tanto ejercicio por lo que tenía un apetito descomunal, así que, primero comió y después se durmió plácidamente, soñó con unas extrañas alas que le permitían volar ¡qué maravilla!, ¡qué bonita se veía la ciudad desde ahí arriba!

¡Cómo podría hacer para estar con ella de nuevo! Ir todos los días a su jardín y esperar a rescatarla de la fuente no era una buena idea, además, dudaba que los dueños dejaran pasar a un gato callejero como él a su casa, así que, si le veían acechando en sus muros le echarían a la calle rápidamente. No temía los golpes, estaba acostumbrado a luchar contra gatos más fuertes que él, pero no quería verse humillado ante ella, así que tenía que idear algo para ser bien recibido en la casa. “Eres un gato inteligente”, se dijo, “piensa en algo”. Un buen rato después, como no se le ocurría nada tuvo una idea: quizá Pit pudiera echarle una mano, aunque eso suponía tener que contarle la verdad y correr el riesgo de que todo el barrio se enterara.

-“¿En qué piensa el gato enamorado?”. Clark miró hacia arriba.

-“¡Ah Pit, eres tú! No te había visto”.

-“Yo sí, el rato que te llevo observando han pasado por delante de ti varios ratones, va a correr la voz y te van a llamar el alelao, ja, ja, ja”.

-“No te rías de mí, no tiene gracia”.

-“¿Que no tiene gracia ver al gran macho, al donjuán, enamorado?, seguro que es alguna señorita de la alta sociedad que no te hace caso, porque a las otras las tienes loquitas”.

-“¡Qué demonios!, pensó, se lo voy a decir, al fin y al cabo, ya lo sabe, seguro que se le ocurre alguna buena idea”.

- “Pues ya que eres tan listo, podrías ayudarme”.

-“Soy todo oídos”. En ese momento, Pit, que estaba en lo alto del muro de su callejón, dio un salto acercándose a él; cómicamente, movió la cabeza y las orejas como si se tratara de un radar.

-“Si te vas a reír de mí, no te cuento nada”.

-“Perdona, estaba bromeando, en serio, sabes que puedes contar conmigo”.

-“¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?”

-“¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas?”.

-“Por el gato chismoso que eres”.

Pit hizo ademán de ofenderse.

-“Está bien, si no confías en mí”, estiró la cabeza muy alta y se dio la vuelta.

-“No seas tonto, vuelve”. Pit no necesitó que le insistiera mucho, nuevamente se acercó a su amigo.

Clark le contó cómo había conocido a Chai-li, lo enamorado que estaba de ella y lo difícil que le iba a resultar encontrarse a solas sin que nadie los molestara.

-“Humm, sí que es una complicación, sí, pero nada se le resiste al viejo Pit, en los libros está la solución de todos los problemas, déjame que piense, confía en mí”.

Cuando Chai-li se despertó, vio que todo había sido un sueño, sus alas habían desaparecido y la ciudad no estaba allí, sólo su jardín, su prisión; desesperada, intentó de nuevo trepar por el muro que la separaba del resto del mundo, pero era imposible, tenía una altura considerable y no estaba acostumbrada a trepar tan alto. De repente, tuvo una idea: para llegar tan arriba era necesario tener fuerza en sus patas traseras que le permitieran dar el gran salto, así que pensó que lo mejor sería empezar primero saltando alturas más pequeñas. Hasta entonces nunca le habían interesado los árboles que había en el jardín más que para frotar el cuerpo contra sus troncos, lo cual le producía un gran placer y le permitía marcar perfectamente su territorio, sin embargo, empezó a subir por ellos, algo nada recomendable para una dama como ella, pero imprescindible si quería que su aventura pudiera comenzar. Poco a poco, comprobó que llegaba cada vez más alto, cuando se hizo de noche cayó nuevamente rendida por el

gran esfuerzo. Esta vez, el sueño no fue tan agradable, porque se vio fuera del jardín, rodeada por muchos gatos que la perseguían...

Pit estuvo ojeando toda la noche sus libros porque no quería fallar a su amigo Clark, los ratones estaban encantados al ver que el viejo gato no les hacía caso, incluso empezaron a hacerle burla atreviéndose a acercarse un poco más para roer sus libros, pero él, de un manotazo, los quitó de su alcance, no había tiempo que perder, el sol estaba a punto de salir, su amigo se despertaría y él no tendría nada que ofrecerle, de repente, al pasar una de las páginas, se encontró con una historia que le gustó. ¡Eso era lo que tenían que hacer!

-“¿Has dormido bien?” Pit se acercó a Clark que, sobre unos cartones del callejón, empezaba a desperezarse estirando sus patas delanteras y arqueando su cuerpo hacia atrás y, después, estirando sus patas traseras y adelantando su cuerpo.

-“Como un bebé” contestó Clark mientras se aseaba pasando repetidas veces la lengua sobre su cuerpo, “tú pareces algo cansado”.

-“He tenido una idea genial, aunque esté mal que yo lo diga” contestó Pit mientras levantaba orgulloso la cabeza, “ya sé cómo hacer para que te introduzcas en esa casa y no te echen a patadas por ser un gato callejero”.

El rostro de Clark se iluminó, abriendo sus preciosos ojos verdes de par en par.

-“Cuéntame” gritó ansioso.

-“Pues es muy sencillo: tienes que salvarla”.

-“¡Ah, claro!, sólo es eso, bien” contestó irónico Clark.

-“¿Verdad que sí?, es sencillo” dijo Pit que no se había dado cuenta de la ironía de Clark.

-“¡Pues no, no es sencillo! ¿Cómo demonios quieres que la salve? ¿De qué? ¿De quién?” Contestó Clark exasperado.

-“No te preocupes, está todo controlado. Algunos colegas organizan una pelea en el muro del jardín, se tiran dentro y pretenden molestar a tu amiguita, entonces, apareces tú y la salvas. Luego salen corriendo y tú te quedas como el gran héroe salvador”.

-“¡Pero eso es una canallada!” contestó Clark, que, a pesar de ser un gato callejero estaba bien educado.

-“Bueno, no exageres, no le van a hacer daño, quizá sólo un sustillo”.

-“¿Sólo un sustillo, dices?, ¿y con qué cara me presento yo ante ella si se entera de todo?, al final tendré que contárselo y ¡me va a odiar!”.

Pit vio apenado cómo Clark se alejaba por el callejón cabizbajo.

-“Pues no era tan mala idea” se dijo para sí.

Al estaba muy harto. Desde que ese pretencioso gato le había echado de “su” callejón, no había encontrado ninguno para él solo teniendo que compartirlo con esa pandilla de inútiles; al menos, era el jefe y se hacía lo que él decía, faltaría más, para eso era el más inteligente.

Era un gato negro como el azabache, con unos ojos verdes claros que asustaban a todo el que se le enfrentaba, a todos menos a ese odioso Clark, pero pronto tendría su merecido.

Había oído rumores de que estaba enamorado y qué mejor que aprovecharse de su debilidad, sólo tenía que saber quién era la pobre infeliz, él se encargaría de hacerle una visita; se atusaba sus bigotes con placer sólo de pensarlo. Había enviado a sus espías para que observaran todos los movimientos de Clark, pronto descubriría dónde vivía esa tonta.

-“¡¡Al!!”

Miró hacia donde provenía el grito, era Fredo, un gato marrón, tonto y bobalicón, pero fiel.

-“Misión cumplida, jefe”, saludó militarmente a Al, “ya sé dónde vive esa chica”.

Clark salió decepcionado del callejón, confiaba en que Pit hubiera tenido una buena idea, pero, visto lo visto, no tenía más remedio que depender de él mismo, como siempre, se dijo injustamente, sin recordar todas las ocasiones en las que su amigo Pit le había ayudado.

Se dirigió hacia la casa de ella, por si tenía suerte y podía verla de nuevo. Cuando estaba cerca del muro escuchó ruidos dentro del jardín, ¡oh no, su amigo al final lo había hecho!, ¡pero si él le había dicho que no era una buena idea! Muy enfadado trepó el muro con el ánimo de reprochar a sus amigos lo que estaban haciendo, sin embargo, antes de bajar al jardín se dio cuenta de que aquellos no eran sus amigos, eran otros gatos callejeros que habían aprovechado que no había nadie en los alrededores para acecharla a ella, a su amada.

Chai-li estaba terriblemente asustada. Había escuchado un ruido en el muro y, pensando que podía ser su salvador, había salido a saludarlo cuando, de repente, varios gatos se habían abalanzado sobre ella silenciosamente, sin tener tiempo de gritar para que la escucharan en la casa; uno de ellos, grisáceo, la tenía sujeta, mientras que otro marrón se acercaba a ella, otro de color negro veía la escena riéndose.

-“Así que tú eres la chica de la que está enamorado Clark” dijo el gato negro que parecía ser el jefe “yo estoy libre, pequeña, y soy más fuerte que él”, mientras decía esto, le mostraba sus patas delanteras para que viera su musculatura.

En ese momento, Clark arqueó su cuerpo, erizando su pelo y, enseñando sus potentes garras, saltó sobre la cara de Al, que miraba hacia el sitio del que provenía el ruido; Chai-li aprovechando el desorden, se escapó de su captor, corriendo hacia la casa para llamar a un sirviente.

Clark estaba en el suelo con los tres gatos encima de él riéndose de su superioridad; tan absortos estaban de su hazaña que no se dieron cuenta de que de la casa salió un sirviente provisto de una escoba con la que empezó a pegar a esos tres grandullones que apenas tuvieron fuerzas para escapar trepando por el muro.

Clark estaba tirado en el suelo sin poder moverse por las heridas, el sirviente también se dirigió hacia él enarbolando la escoba, pero Chai-li se interpuso hasta el punto de que estuvo en un tris de recibir un escobazo; por suerte, el sirviente tuvo buenos reflejos y paró la escoba a tiempo.

Cuando vio que Chai-li limpiaba las heridas de ese otro gato callejero se imaginó lo que había pasado por lo que, recogiénolo del suelo, lo llevó dentro de la casa para curarle.

Ni en sus mejores sueños se habría podido imaginar Clark que Chai-li pasara tantas horas a su lado, preocupada por su salud; atendido por el veterinario de la familia, empezó a mejorar.

Un día, Amina se acercó risueña a Chai-li y, tomándola entre sus brazos, la acarició.

-“¡Tengo que darte una buena noticia: mi hermana Lumi se va a quedar con tu amigo! Mamá dice que le recuerda a una gata que tuvo ella hace muchos años con ese mismo color gris perla. ¿Verdad que estás contenta?”

Chai-li ronroneaba de placer mientras se dejaba acariciar por su amita a la que tanto quería.

Nací el uno de agosto de 2.009, mi madre era una preciosa gata siamesa y mi padre un apuesto gato color gris perla, mi nombre es Tai.

Carolina Fdez., 6 de febrero de 2011